

# Completando el puzzle

## - CAPÍTULO 19 -



—¿De verdad te apetece salir de casa? Hace frío—Miré a Jairo desde el sofá cubierta con la manta hasta las orejas. Le pillé justo subiéndose los calzoncillos y llegué a atisbar su culito prieto. Creo que me quedé bizca.

—No te recrees, marrana—me contestó sonriendo—. ¿Qué me propones?

Se sentó a mi lado en el sofá y metió la mano bajo la manta.

—Ni se te ocurra, vaquero—dije riéndome y retorciéndome para quitarme de encima sus manazas—. No sé cómo te pueden quedar ganas, llevamos todo el día sin parar.

—Si no quieres salir y no me dejas jugar, ¿qué hacemos? —preguntó dándose por vencido.

Me senté teniendo cuidado de taparme entera con la manta. No quería tentar a la suerte y acabar otra vez tendida en el suelo con Jairo encima. O debajo. O en la barra de la cocina.

—¿Qué te parece si cenamos como dos personas normales y luego nos vemos una peli? Déjame que me duche antes y preparo algo rico.

Dejé la manta sobre el sofá y subí a mi habitación sin esperar respuesta y dando saltitos. Siempre doy saltitos cuando tengo frío. El agua me quemó la piel cuando entré en la ducha, pero no me moví hasta que me acostumbré a la temperatura. Tampoco me moví cuando la mampara se abrió y los brazos de Jairo rodearon mi cuerpo.

—No sé cómo te puede gustar el agua tan caliente, un día vas a salir cocida, como un pulpo.

—Como un pulpo eres tú, que no sé de dónde coño te salen tantos brazos—le dije riéndome mientras él amasaba uno de mis pechos con su mano.

—No seas seto, mujer, que sólo busco un poco de mimos, juro solemnemente que no voy a intentar nada más.

Me enjabonó el cuerpo exhaustivamente con cuidado de no mojarme el pelo que llevaba sujeto en una coleta y luego le enjaboné yo jugando lo justo para no despertar a la bestia más de lo debido. No es que rehuyera su cuerpo, es que con los cuatro polvos que habíamos echado durante el día ya iba bien servida. Cuando ya me había puesto el pijama más calentito y antierótico de la historia, sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien?—preguntó extrañado.

—Que va.

Pero antes de descolgar el telefonillo ya imaginaba quienes podían ser. Y no me equivocaba.

—Jairo, creo que hoy va a ser el día de las presentaciones oficiales—le dije cuando colgué—. Están subiendo cinco de mis amigas para autoinvitarse a cenar.

Él se carcajeó.

—¿Y esto suelen hacerlo muy a menudo?

—Pues no mucho, pero es el peligro de vivir en Lavapiés, que si salen a tomar unas cañas siempre pueden acabar aquí.

Esperé con la cadera apoyada en el marco de la puerta hasta que vi acercarse a Macarena, Lara, Celia, Manu y Roberto tan contentos. Con esa felicidad que te da el consumo excesivo de cerveza.

—Rubia, ¿nos invitas a cenar?—dijo Roberto antes de abalanzarse sobre mí para rodearme con sus brazos.

—Que remedio, si ya estáis aquí—contesté haciéndome a un lado para que entraran al salón.

Todos se quedaron parados en la puerta cuando vieron a Jairo apoyado en el sofá mirándolos con una media sonrisa.

—¿Interrumpimos algo?—preguntó Celia un poco azorada. Sin duda era la más cabal de los cinco.

—¿Qué vamos a interrumpir? Ana está encantada de presentarnos a su novio, ¿verdad?

Macarena había mencionado la palabra prohibida, pero como los cinco iban medio pedo, ninguno se dio cuenta. Miré a Jairo con la esperanza de que no la hubiera oído, pero por cómo se mordía el labio inferior para no reírse, comprendí que no había tenido tanta suerte.

—Venga petardas, entrad—. Cerré la puerta y antes de que me hubiese dado la vuelta ya estaban besando a Jairo y diciéndole sus respectivos nombres.

—Dejad de acosar a Jairo y sentaros. ¿Sabéis algo de Mónica?—pregunté mientras me dirigía a la cocina a sacar copas de vino para todos.

—Yo hablé con ella esta mañana—contestó Lara—. Está en casa de sus padres para que la cuiden y me ha suplicado que la saque de allí.

Me reí mientras descorchaba la botella de vino.

—Me imagino a Mónica viviendo con sus padres. Eso puede acabar peor que Puerto Urraco.

—¿Se lleva mal con ellos?—preguntó Jairo intentando hacerse un hueco en la conversación.

—¡Que va! Sus padres son geniales, pero Mónica es extremadamente independiente. Como estén muy encima de ella les va a mandar a tomar por culo—se carcajeó Roberto.

—Bueno, es normal que estén encima de ella, cuando le detectaron cáncer a mi padre nos volcamos todos en él y al final nos mandó a la mierda también—se rio Jairo.

—Anda, ¿tu padre tiene cáncer?—preguntó Macarena, que no sé cómo lo hace para meter la pata siempre— ¿Y cómo está?

—Bueno, estuvo bien durante unos años, pero al final murió. Pero no me pongas caras raras que pasó hace mucho tiempo y tú no lo sabías—le contestó Jairo al ver lo avergonzada que estaba.

—Pues mira que bien. Que alguien cambie de tema para que me olvide de mi boca de buzón, por favor—dijo Macarena tapándose la cara con las manos.

—Venga, que ya cuento yo algo—acudió Celia al rescate—. ¿Sabíais que Pablo me puso los cuernos en Nueva York?

Todas la miramos sorprendidas menos Lara.

—Pues no lo sabía, pero no me extraña en absoluto porque todos los hombres son unos hijos de puta que no saben mantener la polla dentro de la bragueta—dijo.

—Lara lo acaba de dejar con el gilipollas de su novio que le estaba poniendo los cuernos con su exnovia, de ahí ese arranque de odio visceral al género masculino—. Le expliqué a Jairo ante su cara de estupefacción.

—¿Y cómo te has enterado?—se dirigió Manu a Celia.

—Me lo ha dicho John. Él lo sabía desde hacía tiempo, pero no encontraba el momento de decírmelo, y cuando le dije que ya lo habíamos dejado, pensó que ya no tenía importancia. Vamos, que se buscó una excusa cojonuda.

—¿Y no te has cabreado con él por no habértelo dicho antes?—Volvió a preguntar.

—Hombre, bien no me ha sentado, la verdad... Pero bueno, entiendo que no es una situación demasiado cómoda. Además, no quería empezar nuestra convivencia cabreándome con él, que era la primera noche que pasábamos en el piso nuevo.

—Uy, uy, uy. ¿Y qué tal esa primera noche?—preguntó Roberto.

—No te imagines cosas raras. Dormimos juntos porque no nos quedó más remedio, sólo teníamos un colchón. Pero no pasó absolutamente nada.

Pero el brillo de sus ojitos decía más que cualquier confesión.

—Pues tu cara no dice lo mismo—dijo Jairo.

—Ay, déjala—le reproché. Me miró sorprendido, pero no dijo nada. Todas sabíamos que a Celia le gustaba más John que a un niño un caramelo, pero si ella no quería admitirlo, ¿para qué hacerle pasar un mal rato?

—Oye, ¿y a Libertad no le habéis llamado?—les pregunté para aliviar la tensión que se había instalado de repente en el grupo.

—Pues claro que sí, pero nos dijo más o menos que no nos soportaba cuando nos emborrachábamos, que éramos unos putos pesados y a ella le tocaba aguantarnos—dijo Lara.

—Me gustaría decir que exagera, pero la verdad es que lo dijo tal cual—se rio Celia.

—Que mal le ha sentado el embarazo a la *jodía*—dije riéndome.

Jairo se levantó y dejó un beso sobre mi pelo antes de dirigirse al baño.

—Que mono es—dijo Roberto, que siempre ha sido muy blandito.

—Sí, muy mono, pero calla que tengo que contaros algo—dije bajando la voz—. El otro día quedé con Lucas. Hemos decidido que, ya que los exnovios celosos y liantes han salido de la ecuación, vamos a intentar ser amigos.

—¿Y crees que es una buena idea?—preguntó Celia arqueando las cejas.

—¿Por qué no?—pregunté con una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros.

—Anita, reina, que no te lo crees ni tú—dijo Roberto sonriendo y, sorprendentemente, más bajo de lo habitual.

—Os lo digo completamente en serio, no sé por qué no voy a poder ser amiga de alguien que me cae bien, con quien me lo paso bien y que, además, quiere cuidarme. Eso es la amistad, ¿no?

—Sí, sí, pero vuestro histórico...—empezó a decir Manu.

—¿Qué pasa, que no puedes ser amiga de un ex?—contesté a la defensiva.

—Claro que sí, Ana, no te pongas así—dijo Macarena—. Pero vuestra historia no está acabada, se quedó en suspenso y luego las circunstancias han hecho que no podáis estar juntos, pero no es porque no queráis.

Me sorprendió la clarividencia de Macarena cuando nunca se enteraba de nada y a juzgar por las caras de los demás, todos estábamos flipando.

—¿Por qué me miráis todos así? ¿Os pensáis que soy imbécil? El que siempre os adelantéis en decir las cosas no significa que yo no las piense—nos dijo.

Jairo salió del baño y rápidamente cambiaron de tema, lo que agradecí, claro. La noche fue divertida, pero yo ya no pude centrarme demasiado en la conversación. Las palabras de Macarena daban vueltas en mi cabeza. ¿Nuestra historia no estaba acabada? Entonces a lo mejor era un poco deshonesto por mi parte iniciar algo con Jairo mientras seguía alimentando la proto relación con Lucas, ¿no?.

—Cariño, ¿estás bien?—preguntó Jairo cuando ya se habían ido todos y yo recogía la mesa y tiraba al cubo del vidrio las tres botellas de vino que habíamos vaciado.

—Me duele un poco la cabeza, la verdad. A lo mejor ya no tengo edad para tanto vino—me inventé sobre la marcha.

—Eso significa que no me vas a dejar ejercer de... ¿novio?

Tuve que tragar para que el estómago no se me saliese por la boca, pero al mirarle vi que casi estaba llorando para no dejar escapar una carcajada.

—Ay, Jairo, que Macarena es un poco torpe con las relaciones sociales y no sabe lo que dice, no se lo tengas en cuenta—dije todavía un poco nerviosa—. Y no, hoy sólo ejerces de almohada, simpático.

—Me han caído muy bien tus amigas. Son un poco... así como tú.

—¿Y cómo soy yo, si se puede saber?—pregunté divertida.

—Un poco alocada, despreocupada, con ganas de disfrutar el momento...

Pues para ser psicólogo sí que se quedaba en la superficie. ¿De verdad sólo veía eso en mí? Se me debió notar que muy conforme no estaba porque se rio antes de seguir.

—También eres una persona comprometida, que se preocupa por los demás y tienes más en esa cabecita de lo que puede parecer al primer vistazo. Y dentro

de unos años, todas esas cualidades se intensificarán, ya lo verás. Y ya lo veré yo, espero.

Besó mi sien y se fue al baño a lavarse los dientes. Yo me quedé apoyada en la barra de la cocina con el trapo entre las manos mirando a un punto fijo. No, no me gustaba una mierda lo que me había dicho, me daba la sensación de que me veía como una niña superficial, pero tenía la esperanza de moldearme a su antojo. O eso, o es que yo ya estaba un poco resabiada y todo lo que me decía lo retorció hasta convertirlo en algo ofensivo.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>